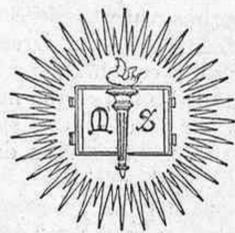


La Ilustración Artística



AÑO XXVI

← BARCELONA 7 DE OCTUBRE DE 1907 →

NÚM. 1.345

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CONCIERTO ÍNTIMO, cuadro de J. Shannón. (VII Exposición Internacional de Venecia. 1907.)

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Notas marroquíes. Marruecos. Los aissafas. Rabat. El juego de la pólvora.* — *De Marruecos.* — *Camilo Saint-Saens.* — *Nuestros grabados artísticos.* — *Problema de ajedrez.* — *La reina del praño*, novela ilustrada (continuación). — *Un criadero de langostas en Wexford*, por Federico A. Talbot.

Grabados.—*Concierto íntimo*, cuadro de J. Shannón. — *Marruecos. Puerta principal de la ciudad.* — *La fiesta del Mulud en Casablanca.* — *La calle de los alfareros en Rabat.* — *Un farmacéutico en el mercado.* — *Jinetes moros corriendo la pólvora*, dibujo de Paula Crampel. — *Emisarios de las tribus rebeldes.* — *Campamento de las tropas españolas en Casablanca.* — *Destacamento de caballería española.* — *Bajo el emparrado*, cuadro de Héctor Tito. — *Hércules y el toro*, escultura de Luis Tuallón. — *En el taller del pintor*, cuadro de H. Rauchinger. — *Agradable coloquio*, cuadro de Antonio Laupheimer. — *Camilo Saint-Saens.* — *Automóvil adquirido por el Ayuntamiento de Barcelona para el servicio de incendios.* — *Un criadero de langostas.* — *París. El hidropilano Santos Dumont.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Habrá alguien que haya leído sin una impresión de melancolía profunda el relato, inserto en los periódicos, de la muerte del marqués de Vallecerrato?

Era este gran señor ferviente católico, tradicionalista de los de antiguo cuño, persona cuya elegancia de raza se comprendería, si no se le conociese, sólo mirando con ojos de intérprete el detestable retrato que publica la prensa, y donde, con algo de imaginación, puede adivinarse la finura del tipo San Lorenzo—los ojos claros y cargados de un vapor de ensueño, las facciones delicadas, casi femeniles, de un diseño aristocrático.—Había pasado de la edad en que las pasiones pueden poner en manos de un hombre que no está loco, patológicamente hablando, la pistola de Werther. El suicidio del marqués de Vallecerrato fué un acto de locura, y lo demuestra el mismo carácter místico que revistió—ante un altar, con velas encendidas, mirando á una santa efigie.—Cuando existe tal confusión de ideas en el alma de un católico sincero, cuando se mata así, puede afirmarse la demencia.—Pero la demencia, en el caso á que estoy refiriéndome, se originó sin duda de tristezas, decepciones y reveses de fortuna, que ensombrecieron el espíritu, y engendraron primero la esquizofrenia en el trato, la soledad, después la fatal idea. Altierez, dignidad, pundonor, temor de encontrar repulsas y enfriamientos de amistad donde podía esperar cordial acogida y auxilio, imposibilidad de rehacer en la vejez la vida sobre un tipo modesto y de escasas necesidades y refinamientos, retiro huraño, pesimismo fruto de él, todo esto debió de traer consigo, poco á poco, la desorganización del cerebro y la vesania que conduce á la resolución espantosa.

* *

Otro aristócrata conocí que se suicidó con igual sentido místico que el marqués de Vallecerrato. Aquél se confesó y comulgó la mañana misma en que puso fin á su existencia. Nadie podrá dudar que se trata de un verdadero caso patológico; nadie creerá que están cuerdos los que así proceden. Y por lo mismo, infunden un sentimiento de compasión infinita. Antes de llegar á ejecutar el acto, ¡cuánta cavilación amarga, cuántas tinieblas en la mente, cuántas heridas en el corazón, qué mundo de sufrimiento! No es el hecho de morir, de una ó de otra manera, por un procedimiento más ó menos expeditivo, lo que infunde piedad. Es lo anterior á esa hora suprema, lo que debiera enternecer á los prójimos de los desesperados; y es á veces—cuando falla el golpe—lo que sigue á la hora en que se ve la eternidad frente á frente...

* *

Y el marqués de Vallecerrato tenía su decisión bien arraigada. Primero trató de abrirse las venas, como un romano de la decadencia, un Petronio cansado de vivir. La muerte no venía lo bastante pronto, y entonces acudió al revólver, con tiro tan certero, que instantáneamente llegó la negra amiga...

No sólo en casos análogos, muy frecuentemente, se me ocurre que en otras épocas el fracaso de una vida era fácil de remediar y consolar dentro del convento. Un noble arruinado y solitario se recogía á uno de esos magníficos y señoriales monasterios llenos de obras de arte, dotados con una biblioteca que podrían envidiar los reyes, ó por mejor decir, los eruditos; donde eran compañeros suyos, y amigos naturales, varones de saber, de ingenio, de amena conversación, informados, no ya de los sucesos antiguos, sino hasta de las murmuraciones del presente, de lo que ocurría en la villa y corte, de lo que acaecía en

todo el mundo. A la caída de la tarde—una tarde, por ejemplo, del año 1793,—en el locutorio donde esparcían suave calor los braseros claveteados y cuidadosamente sahumados, se trabaría la amena conversación, y el refugiado bajo los hábitos conversaría con sus antiguos amigos los señores que venían á hacerle visita y á sorber con él sendos pocillos de chocolate aromoso. Se hablaría, verbigracia, de Selim III, el Turco, que miraba con horror á los revolucionarios franceses, «unos hombres que han tenido la bárbara osadía de tratar á su legítimo soberano como al reo más infame»; de la plantación de un árbol de la libertad en el patio de la embajada francesa, ¡ridícula mascarada!; de que el papa ha emprendido su viaje acostumbrado á las lagunas Pontinas; de la solemne procesión á que asistió todo el Sacro Colegio; de las secretas inteligencias del antes furioso republicano Dumouriez con el duque de Orleans; de la victoria del príncipe de Coburgo sobre los franceses en Bélgica; de que «el inglés» arma una flota de quince navíos; de que han reelegido para presidente de los Estados Unidos al Sr. Jorge Washington; de que la corte de España está en el real sitio de Aranjuez, y de que la Serenísima princesa del Brasil ha dado á luz una niña, por lo cual se hicieron tres días de gala y luminarias; de que se les cogieron á los malditos franceses, allá en el castillo de Masdeu, varios cañones; de que, para esta guerra, levanta un regimiento de infantería el duque de Arion, y D. Fernando Rubio de Celis ofrece una onza de oro á cada uno que se aliste; y de que ha fallecido el duque de Abrantes, y han hecho capitán general al duque de la Alcuía, y D. Luciano Francisco Comella ha estrenado en el coliseo de la Cruz una comedia heroica en tres actos, titulada *El fenix de los criados, ó María Teresa de Austria*... Que de todo esto se platicaba en los locutorios, y mucho fuera que no hubiese un monje ó fraile con sus puntas y ribetes de literato, que sacando un rollo de papel de barba escrito con hermosa caligrafía, no leyese alguna letrilla ó romance pastoril:

«Apenas en los oteros
rayaba la luz del alba,
cuando la hermosa Dorila
salía de su cabaña.
Sale pisando el rocío
con su delicada planta,
en busca de un pastorcillo,
que amor así se lo manda...»

Y todos los concurrentes á la tertulia conventual aprobaban, con sonrisas de cortesía, dando golpecillos á la tapa de las tabaqueras de plata y concha, y encontrando que el Padre Gutiérrez ó Fray Miguel de los Serafines rimaban al primor, como el propio D. Josef Iglesias de la Casa, el famoso presbítero salmantino, sólo que con más decoro, porque aquello de la *lira de cuerno*, vamos, era algo desvergonzado... Y en la tertulia había risas, dichos graciosos, agudos, y el tiempo volaba, acercábase sin sentir la hora de la cena, la hora de la cena sabrosa, preludio del sueño tranquilo del que no tiene cuidados, apremios de dinero ni de amor propio; del que pasa las postrimerías de su vida «libre de amor, de celo, de odio, de esperanza, de recelo...»

* *

Tal pudo ser la suerte del marqués de Vallecerrato, en Santo Domingo el Real, en los Jerónimos, en alguno de los sabios y dulces asilos que abrían sus puertas, no sólo á la caridad material con los pordioseros, sino á la fraternidad humana, como puerto que acoge á toda nave, y en cuyas remansadas aguas se carenan los rotos cascos y se recomponen los velámenes desgarrados por las tormentas. Pero hoy—no sé por qué, ó mejor dicho lo sé, y me llevaría demasiado tiempo explicarlo, pues acaso encierre este pormenor toda una filosofía de la historia,—á los conventos que existen, y en gran número, es raro que se retire nadie que haya ocupado alto puesto en el siglo. Las emperatrices y reinas, las Isabeles, Eugénias y Margaritas arrojaban antaño sobre sus duelos, sobre sus amarguras, sobre sus decepciones, un velo; defendían su espíritu dolorido detrás de unas rejas. Hoy corren el mundo en automóvil ó yate, se construyen palacios inspirados en la *Iliada*, veranean en quintas sombrías y románticas; y los reyes en el destierro ó la abdicación, lejos de buscar un Yuste, buscan un *cotage*, un departamento en un hotel parisiense... A ejemplo de los reyes, los grandes señores tampoco transigen con los monasterios, para los cuales hoy—¡lo reconozco!—ya no pinta Murillo, ni siquiera Carducho, y en sus locutorios no se habla de cosas amenas, de novedades mundiales, y no se toma chocolate en mancerinas de plata, y el tono de la austeridad y del recelo tal vez predomina sobre el alegre y sereno diapason de la *bonne compagnie*... En esto hablo

de memoria y por suposiciones; ello es que nadie podrá negarlo, la desgracia de los tiempos hace que á los conventos no se acojan los tristes, los descaminados, los combatidos, los vencidos, y la desgracia quiere que siendo la vida cada día más difícil, creciendo tanto las necesidades y arreciando la tiranía de las apariencias, el cerebro naufrague, el revólver esté á mano, y la tragedia venga á darnos, una vez más, esa impresión de lo obscuro, de lo siniestro, de lo inevitablemente doloroso del destino humano...

* *

Se habla mucho del fracaso del Congreso de la Paz. Fracaso, ¿por qué? ¿Es que alguien suponía que con reunirse unos cuantos señores, sean estos señores de la altura que sean, se va á evitar que los moros hagan morerías, que los cristianos tomen represalias, y que fermenten, para estallar á su tiempo, cuantas guerras estén dentro de los intereses graves y capitales de las naciones?

Yo miro con simpatía profunda los Congresos de la Paz, y todo el movimiento pacifista y de arbitraje. ¿Cómo no aprobar tal propaganda? ¿Cómo dudar de sus efectos, insensibles, pero fuertes y seguros en la conciencia? Hay largos períodos de la historia en que la idea de la paz como un concepto moral que debe difundirse por todo el género humano, no asoma siquiera. El pensamiento de que se pueda llegar á un estado de paz continua, á convertir la guerra en fenómeno extraño. No obstante, para conseguir este anhelo de todas las personas clementes y de buenas entrañas, sería preciso que toda la humanidad hubiese alcanzado un grado de civilización, si no uniforme, al menos semejante, y que los conflictos económicos estuviesen resueltos. Y esto, sin ser pesimista, puede afirmarse que anda muy lejos, á distancia ni calculable todavía. ¿Puede llegarse á un estado tal? Acaso nunca... Por lo menos, no lo verán nuestros nietos, ni los nietos de nuestros hijos. Es el destino de estos siglos en que vivimos consumirse en el ansia de fines muy grandes, muy vastos, muy nobles—y muy inasequibles en total, aunque su sola aspiración sea ya buena, sea ya conveniente, lleve ya un ideal de adelanto y de mejoramiento á las costumbres y al pensamiento de las multitudes.—Condenar la guerra no es por ahora, ni acaso será jamás, condenar toda crueldad innecesaria en el modo de hacer la guerra, reduciendo lo posible la extensión de sus daños y la inhumanidad que lleva consigo, tan fatalmente como el cuerpo lleva á su sombra.

Y siendo esto, es loable, es admirable el empeño de los que han hecho ya de estos Congresos una institución, dándoles el mayor vuelo y la mayor resonancia. Las chanzonetas y caricaturas que la prensa dedica al contraste entre los soberanos armados hasta los dientes, á las naciones bombardeándose mientras por otro lado ofrendan palmas y cirios en el altar del ángel de la Paz, son ciertamente un tópico gracioso, pero no hay fundamento de contraste. El Congreso de la Paz no destruirá la Guerra... La aliviará, la modificará, la suavizará... hasta donde pueda; y la hará—en determinados casos—inútil, y en consecuencia, suprimible. Esto es todo cuanto se puede desear, por hoy...

* *

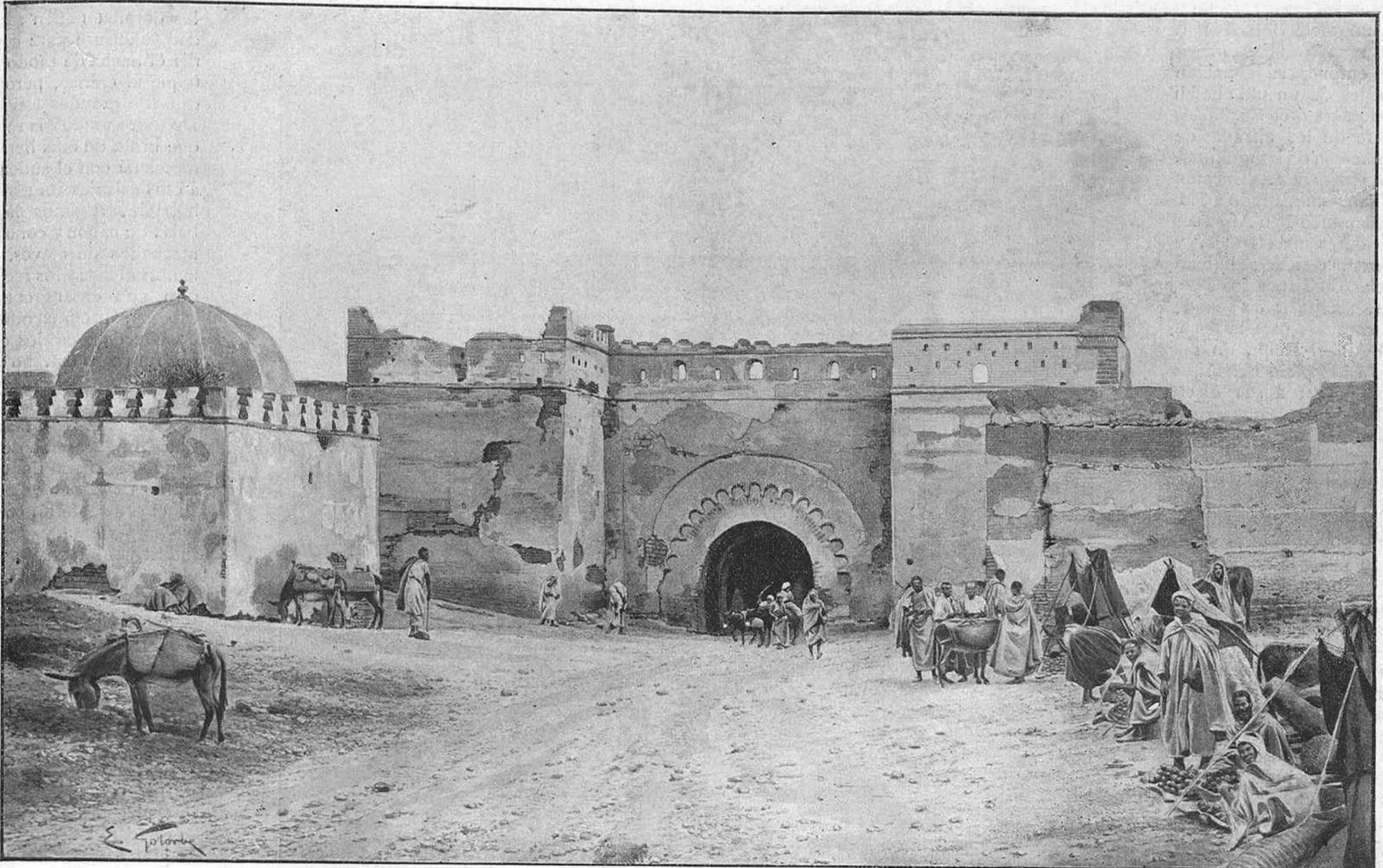
¿Qué se propondrán los vándalos que destroran cuadros en los Museos?

El caso de erostratismo que el hecho representa, no me sorprende: hay quien por llamar la atención y fijar en sí las miradas, es capaz, no digo yo de destruir una obra de Poussin ó de Lebrun, de quemar vivos á su padre y á su madre—á los del Erostrato, naturalmente.—El error de esos Erostratillos está en suponer que van á llamar la atención del público porque cometan una atrocidad. El público está hoy distraído por tantas cosas y tal suma de noticias que se entretienen, que nadie—y yo la primera—se acuerda al cuarto de hora del nombre de los que cometieron un desmán estúpido. Ni aun para condenarles se puede averiguar cómo le llaman.

Y además, les han *batido el record* (¡qué diantre de giro!) los otros Erostratos de mayor cuantía que se llaman Mateo Morral, Angiolillo, Passavante, Perows Kaia, los regicidas, los zaricidas, los presidenticidas, los que no rompen telas, sino cuerpos humanos. Y hasta de esos mismos nos olvidamos, á no ser que hayan herido á alguien muy querido para nosotros. El mundo rueda aprisa, acarrea restos y despojos de mil grandezas, borra las huellas del ayer con las pisadas de hoy..., y yo dudo si los venideros tendrán cabeza suficiente para que quepa en ella toda la historia.

EMILIA PARDO BAZÁN.

NOTAS MARROQUÍES.—MARRUECOS. LOS AISSAÚAS. RABAT. EL JUEGO DE LA PÓLVORA.



Marruecos.—Puerta principal de la ciudad de Marruecos. (Dibujo de Gotorre.)

Rabat, Casablanca y Marruecos son las tres ciudades en donde se desarrollan actualmente los más importantes sucesos del trascendental problema marroquí. Por esto creemos interesante publicar los grabados de esta página y de las dos siguientes que á ellas se refieren y acerca de los cuales vamos á dar algunas explicaciones.

La ciudad de Marruecos, en donde ha sido recientemente proclamado sultán Muley Hafid, hállase rodeada de altas murallas, flanqueadas de torres, y en su inmenso recinto hay grandes jardines y vastos espacios vacíos. Todas las casas, ricas y pobres, ofrecen el mismo aspecto miserable y están construidas, al igual que las fortificaciones, de una tierra rojiza que da á esa capital del Sur una apariencia de monotonía extrema. Éntrase en la ciudad por ocho puertas, la principal de las cuales reproduce nuestro primer grabado, y que se cierran entre nueve y diez de la noche.

Los principales edificios de Marruecos son la torre de Kutubía y las mezquitas de Ben Yusuf, Muesim y el Mansuri. El palacio de los soberanos, situado fuera de la ciudad,

es inmenso y sus murallas tienen cinco kilómetros de circunferencia; pero se halla en malísimo estado.

En el imperio marroquí hay numerosas cofradías religiosas, tantas que bien puede afirmarse que están

De todas esas cofradías la más importante es, sin duda alguna, la de los aissaúas, fundada en el siglo XVI por un ferviente musulmán, Sid-Mohammed-Ben-Aïssa, y que sin dejar de creer en los preceptos alcoránicos exige de sus adeptos mayores sacrificios á fin de alcanzar en la otra vida mayores bienes.

Los aissaúas se distinguen por una gran trenza de pelo que se dejan en medio de la cabeza, enteramente afeitada en el resto, y por las numerosas cicatrices que en la cabeza ostentan por efecto de los violentos golpes que á sí mismos se aplican en sus extravagantes ceremonias. En sus reuniones, repiten con voz gangosa y acompasada el *La Ilaha il Ala* (No hay más dios que Dios), hasta que á fuerza de repetirlo llegan á un grado de exaltación extraordinario; entonces se levantan uno ó varios faquires que ejecutan una danza convulsiva y caen al fin al suelo como muertos, arrojando espuma por la boca y con los ojos fuera de sus órbitas; en este estado de aniquilamiento físico, el aissaúa consigue llegar al éxtasis bienaventurado y á ese asombroso estado fisiológico en el que puede

afiliadas á ellas las tres cuartas partes de la población masculina. el aissaúa consigue llegar al éxtasis bienaventurado y á ese asombroso estado fisiológico en el que puede



Marruecos.—La fiesta del Mulud en Casablanca.—La cofradía de los aissaúas.

(Dibujo de Massias, tomado de una fotografía.)

afiliadas á ellas las tres cuartas partes de la población masculina.

el aissaúa consigue llegar al éxtasis bienaventurado y á ese asombroso estado fisiológico en el que puede

tragar venenos, devorar serpientes y víboras vivas y mascar y absorber sin dolor aparente vidrios rotos, agujas, hojas de cactus y otras cosas por el estilo.

En la época del Mulud, acuden á Mekinez los aissauías de todos los puntos del territorio y aun de más allá de las fronteras á fin de asistir al *mussem* de Sid-Mohammed-Ben-Aïssa. Los nuevos afiliados reciben entonces su iniciación que les da un *uld-cheikh* cualquiera ó el *moqaddem* ó jefe de los aissauías de la fracción de los *mokhtar*. Las gentes de esta fracción habían suministrado á Sid-Mohammed-Ben-Aïssa sus servidores más leales, y cuarenta de ellos se habían declarado dispuestos á dejarse sacrificar en vez de los carneros para la fiesta del Aid-el-Kebir, un día que así lo pidió Ben-Aïssa para probar á sus discípulos.

La iniciación es una ceremonia poco agradable para el novicio; el personaje venerable encargado de la misma empieza por escupirle en la boca y luego le pone el nombre de un animal á quien se considera adecuado á las aptitudes físicas de aquél. Los leones, los tigres, las panteras y los chacales hebrán de justificar la facultad de los aissauías de comerse los carneros crudos; los camellos absorberán la cebada ó las hojas punzantes de las chumberas. Los demás se contentarán con ser modestos *gzuliyines*, que ejecutan gestos y contorsiones al son de los tamboriles, de los bombos y de las dulzainas, ó simples *hartiyines*, que constituyen el peldaño más bajo de la escala de la cofradía y que no pasan de ejecutar gestos muy moderados.

Los aissauías no tienen en Fez más que una *zaïna*, dirigida por un *moqaddem el-moqaddemim*, y en torno de la cual se agrupan unas veinte *taifas*, compuestas de unos cincuenta miembros cada una; esas taifas tienen su *moqaddem* especial, que es quien hace trabajar á los suyos y quien recoge el dinero. Los grupos aissauías son llamados con frecuencia á las casas particulares; cuando se trata de un entierro, de un favor que hay que pedir al cielo, ó del cumplimiento de un voto, los interesados se dirigen al *moqaddem* de la corporación más próxima, el cual convoca á los miembros de su taifa. Esta invade la casa y se entrega á sus contorsiones repitiendo sin cesar el *hezab* de la cofradía *Sobhana Eddaim!* (¡Gloria al Eterno!), hasta que los más fervientes, llegados al paroxismo de su ardor religioso, caen extenuados ó pronuncian incoherentes profecías.

Al llegar la fiesta del Mulud, las taifas aissauías se diseminan por las calles, entregándose á una agitación pública y solicitando las limosnas de la multitud. Unos días antes del Mulud todas las corporaciones parten de las ciudades para ir en peregrinación á Mekinez, formadas una tras otra en procesión. Los gritos y el ruido de la música anuncian la aproximación de cada taifa, y en seguida aparecen los estandartes de la corporación y entre ellos, montado á caballo y envuelto en un jaique blanco, el *moqaddem-moqaddemim*, á quien la muchedumbre besa la rodilla ó el estribo. Algunos afiliados llevan un paño extendido sobre el cual caen las monedas que les echan desde las casas; otros se encargan de recoger los grandes cirios de cera parda destinados á ser deposi-

tados en la *Kubba* de los morabitos, y otros llevan las telas enviadas en ofrenda para decorar la tumba de Sid-Mohammed-Ben-Aïssa.

A los cuestadores sigue la gran masa de los aissauías que de cuando en cuando se detienen para ejecutar sus contorsiones y sus juegos de manos: en

que el que hemos descrito, pues á todos los excesos citados unen estos cofrades el de aplicarse innumerables golpes en la cabeza con un hacha muy cortante, en forma de media luna y adornada generalmente con amuletos, conchas, piedras y alamares. Hay que advertir, sin embargo, que en medio del vértigo que los domina tienen serenidad suficiente para contener el hacha de modo que toque al cráneo, pero sin causarle grandes lesiones. De todos modos, la sangre que brota de esas heridas, mezclada con el sudor, da á esos salvajes un aspecto horrible. Algunos llevan balas de cañón y conos remachados de clavos, que lanzan al aire y los reciben con sus ensangrentadas cabezas, produciendo el choque de esos dos cuerpos un ruido extraño y repulsivo.

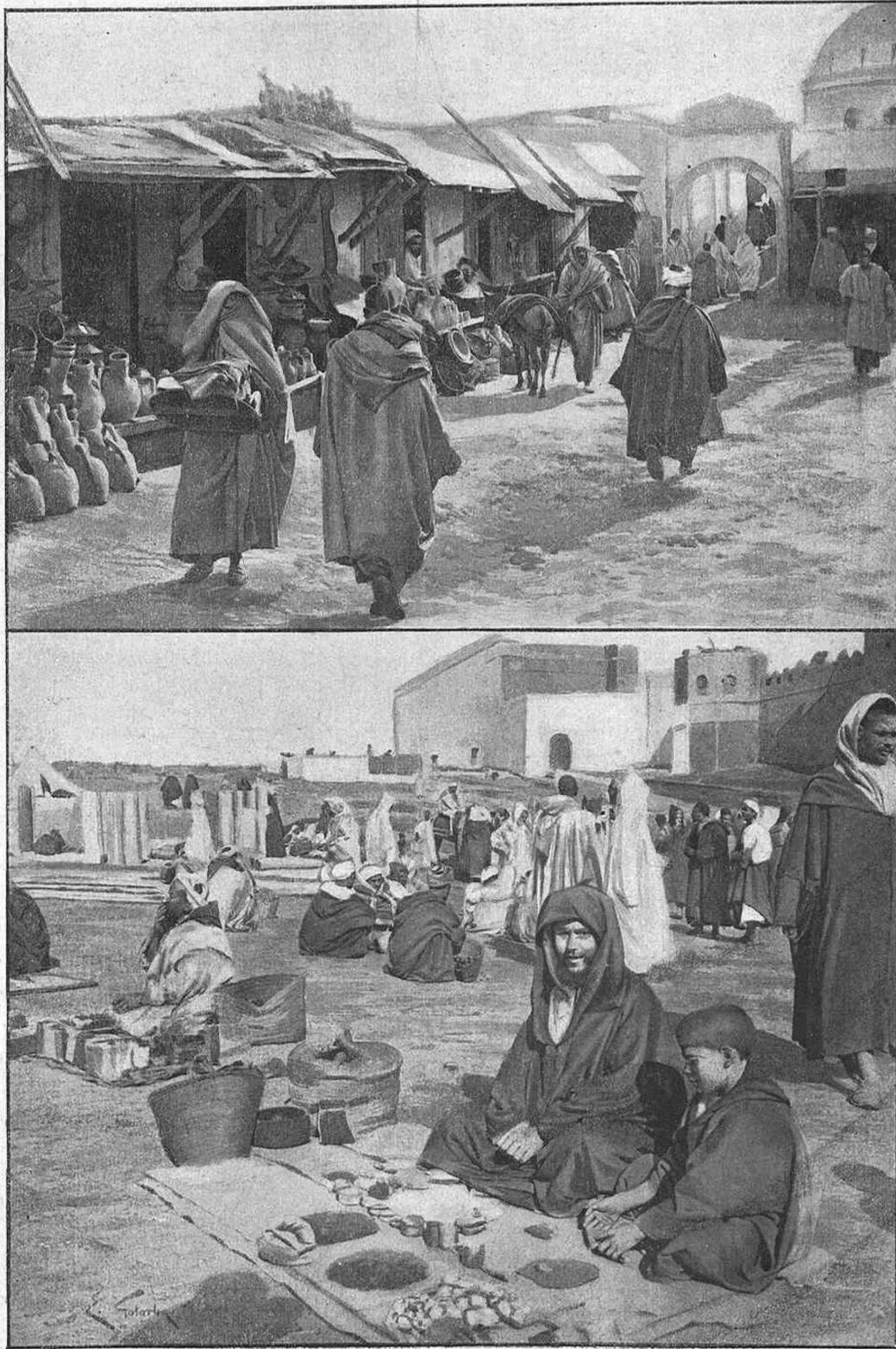
Rabat es una de las principales ciudades marroquíes, una capital de segundo orden, en donde el sultán tiene dos palacios. Es el centro de un comercio importante y de una industria floreciente, y en ella se fabrican principalmente hermosos tapices, de variados y originales dibujos y de vivos colores; bellísimos bordados en seda que las mujeres marroquíes confeccionan sobre telas ordinarias importadas de Europa, y sobre todo vasijas de barro no exentas de gracia y de elegancia que, después de cocidas, son decoradas con pintura de gran efecto. El aspecto que ofrece el mercado de Rabat es, como el de todas las ciudades marroquíes, sumamente pintoresco, y en él lo mismo se venden los campesinos animales y frutos de toda clase y los artesanos objetos de las más variadas especies, que despacha el boticario indígena sus drogas de virtudes maravillosas.

Rabat debió ser en otro tiempo una bella ciudad, á juzgar por algunos restos de arquitectura árabe que todavía se conservan, aunque mutilados ó deteriorados. Con su barrio de la Kasbah y su mellah, ó barrio judío, que forman como dos poblaciones aparte separadas por murallas, Rabat es una población muy animada; como todos los centros musulmanes importantes, cada oficio

ocupa una calle ó una plaza especial, y así en una se ven sólo fabricantes de babuchas, en otra plateros, en otra alfareros, etc.

La lámina que en la página siguiente reproducimos casi no necesita explicación, pues bien conocido es el ejercicio de correr la pólvora, juego predilecto de los árabes marroquíes. Colocados unos 20 jinetes en fila, á una señal del más caracterizado, consistente en levantar la espingarda á toda la extensión del brazo, ejecutan los demás igual movimiento y rompen en vertiginosa carrera hasta disparar delante de la persona obsequiada; una vez hecho el disparo detienen casi en firme sus caballos, empleando los medios más violentos. La circunstancia de ser esos árabes tan consumados jinetes presta atractivos especiales á ese espectáculo, durante el cual ejecutan verdaderas maravillas de equilibrio y destreza.

También se corre la pólvora á pie, lanzando la espingarda al espacio por tres veces y haciéndola dar luego vueltas con sólo el índice de la mano derecha hasta que adquiere una velocidad vertiginosa; en ese momento se preparan para disparar, lo que hacen con el cañón entre las piernas.—S.



Marruecos.—La calle de los alfareros en Rabat.—Un farmacéutico en el mercado.

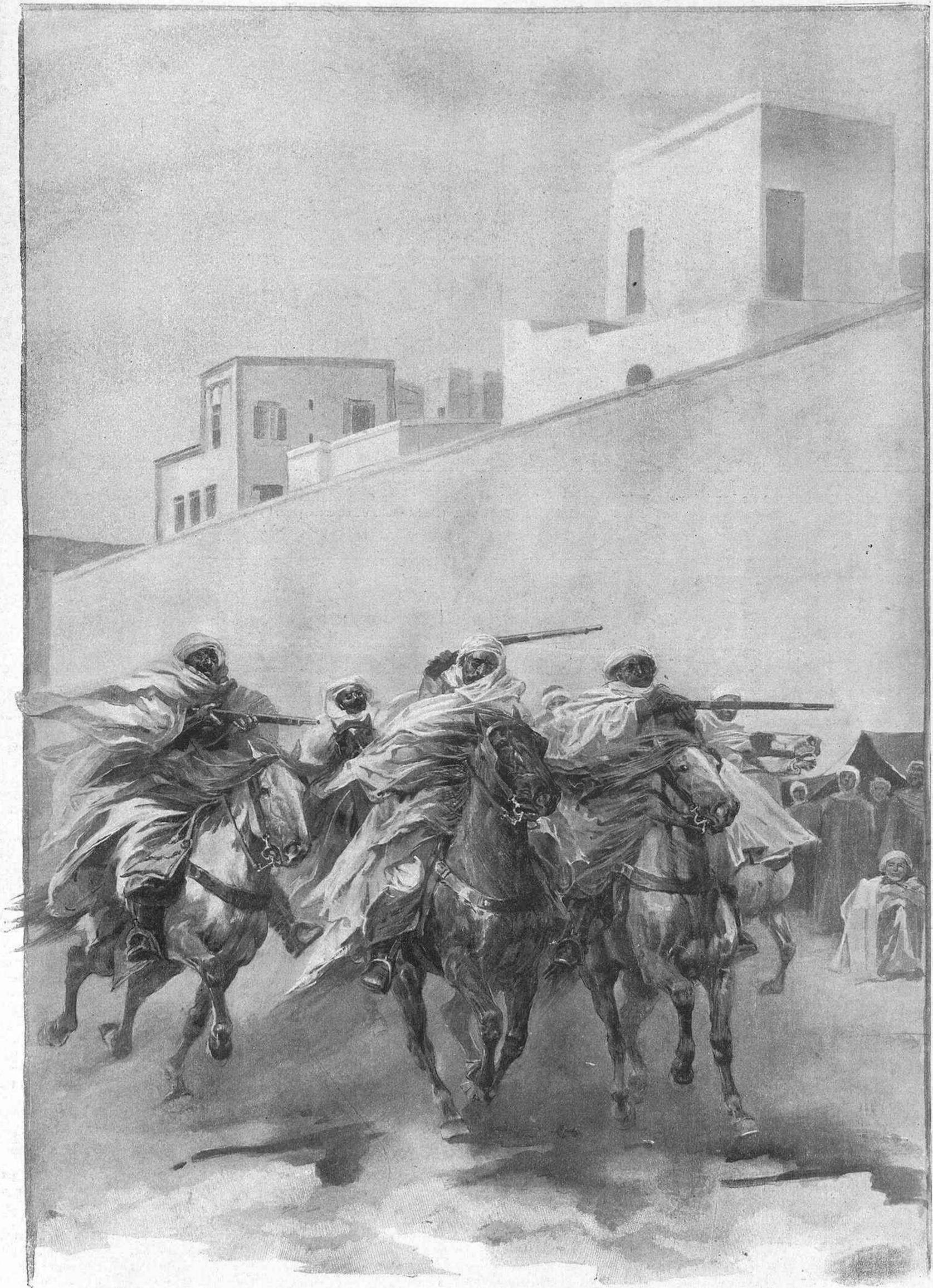
(Dibujo de Gotorre.)

primer término, los individuos feroces de la taifa, aquellos que en la iniciación han recibido nombres de animales y que se entregan á todos los excesos propios de su condición. Es repugnante verles devorar un carnero crudo, recién degollado, que les arrojan desde una casa vecina; cuando esto sucede, aquellos hombres, que parecen fieras, lánzase sobre el animal, palpitante todavía, rasgan violentamente su piel, arrancan sus entrañas y se reparten los trozos de carne, azuzados por los bastonazos del *moqaddem*.

Detrás de aquellos energúmenos van los demás aissauías aullando y danzando al compás de las músicas que los excitan con el ruido de sus groseros instrumentos. Otro afiliado lleva un brasero en donde arde benjuí, y un grupo de mujeres con el cabello suelto y lanzando gritos cierra la comitiva.

Uno de los grabados de la página anterior representa esa procesión en la ciudad de Casablanca.

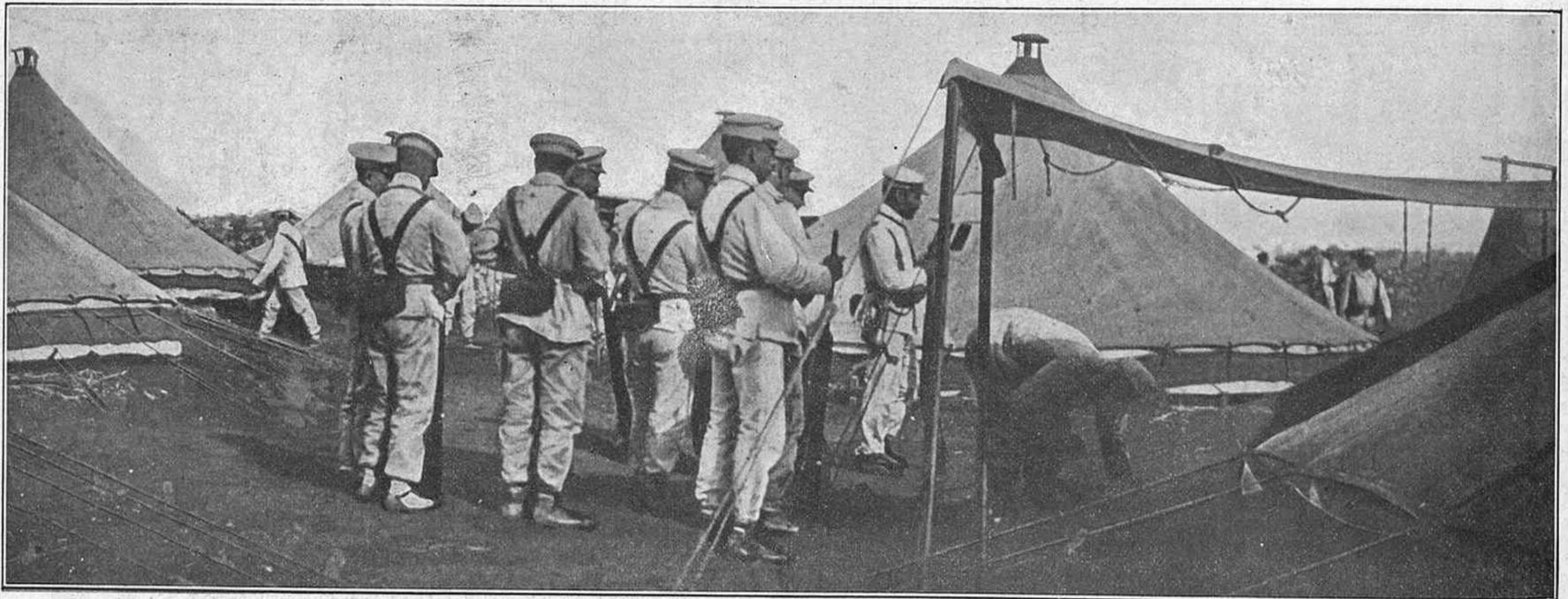
Otra cofradía famosa es la de los jamachas, que tiene muchos puntos de semejanza con la de los aissauías y que fué fundada posteriormente por Sid-Alí-Ben-Jamdush. El espectáculo que dan los jamachas en las fiestas que celebran es aún más repugnante



MARRUECOS.—JINETES MOROS CORRIENDO LA PÓLVORA. (Dibujo de Paula Crampel.)



Marruecos.—Emisarios de las tribus rebeldes que acuden al campamento de Casablanca para parlamentar con el general Drude sobre las condiciones de la paz. (De fotografía de un corresponsal.)



Vista parcial del campamento de las tropas españolas en Casablanca. (De fotografía de Rittwagen.)



Destacamento de caballería española practicando un reconocimiento en las afueras de Casablanca. (De fotografía de Rittwagen.)



AGRADABLE COLOQUIO, cuadro de Antonio Laupheimer

CAMILO SAINT-SAENS

Cuando este número llegue á manos de nuestros subscriptores, el público barcelonés habrá tenido ocasión de aplaudir á ese ilustre maestro en el primero de los conciertos, compuestos de obras suyas y por él dirigidos, que se han de dar en el Palacio de Bellas Artes.

Camilo Saint-Saens, que nació en Dieppe en 3 de octubre de 1835, demostró desde su más tierna infancia aficiones y aptitudes excepcionales en materia de literatura y de música: á los diez años había leído los clásicos franceses y debutaba como pianista en la Sala Pleyel, de París, ejecutando, entre los entusiastas aplausos de una concurrencia inteligente, obras de Hændel, Bach, Mozart y Beethoven. Estudió el piano con Meleden y el órgano con Benoist, siendo la admiración de sus profesores y de sus condiscípulos, y en 1852 se daba á conocer como compositor de altos vuelos con su primera sinfonía, que tocó la *Societé des Concerts de Sainte-Cécile*.

Desde entonces, no ha cesado de componer obras de todos los géneros, música de cámara, religiosa, sinfónica y dramática y de escribir para toda clase de instrumentos. Entre sus composiciones más notables merecen citarse especialmente su Sinfonía en *do menor*, *El Diluvio*, *Factón*, *Las bodas de Prometeo*, *El torno de Omfala*, *La danza macabra* y *La juventud de Hércules*, en el género sinfónico; la *Misa de Requiem* y el *Oratorio de Navidad*, en el religioso, y, en el lírico dramático, *Etienns Marcel*, *Phryné*, *Proserpine*, *Le timbre d'argent*, *La princese Jaune*, *Ascanio*, *Henry VIII* y *Sansón el Dalila*.

Además de compositor eminente, Saint-Saens es un pianista de primer orden, y en otras ramas del saber humano sobresale como escritor, como poeta, como crítico artístico, como hombre de ciencia especialmente dedicado á la astronomía y como arqueólogo.

En sus obras ha puesto en práctica sus ideas musicales acerca de la subordinación de la melodía á la armonía, á fin de que la música resulte, no un deleite exclusivamente físico, sino un elevado goce estético, y haga algo más que halagar dulcemente el oído, penetre en lo más hondo del alma y despierte en ella los más puros sentimientos. Esas teorías, que en un principio fueron muy combatidas por los rutinarios, han acabado por imponerse y son las que hoy prevalecen en el arte musical.

Saint-Saens es un entusiasta aficionado á los viajes, buscando con preferencia aquellos lugares en que la naturaleza se ha mostrado más pródiga, más exuberante; por esto ha tenido gran predilección por el archipiélago canario, en donde ha pasado algunos inviernos y ha escrito no pocas composiciones.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA saluda cordialmente al ilustre maestro que ha honrado con su visita nuestra ciudad y junta sus entusiastas aplausos á los que el público le tributará en los conciertos de Bellas Artes.

BARCELONA

AUTOMÓVIL PARA EL SERVICIO DE INCENDIOS

Nuestra capital cuenta con un buen servicio de incendios dotado de abundante y moderno material, y con un cuerpo de

una disciplina y de un entusiasmo dignos de las mayores alabanzas.

El Ayuntamiento dedica especial atención á tan importante servicio é introduce en él las mejoras que las necesidades mo-



El compositor Saint-Saens que actualmente se halla en Barcelona para dirigir los conciertos, compuestos de obras suyas, que se han de dar en el Palacio de Bellas Artes. (De fotografía.)

dernas requieren, ya sea aumentando el número de aparatos, ya sea instalando otros nuevos, tomados de las ciudades del extranjero más adelantadas.

Recientemente ha adquirido el magnífico automóvil que el adjunto grabado reproduce y que ha de ser de grandísima utilidad para llevar los primeros socorros al sitio en donde ocurra algún siniestro.

Las pruebas practicadas hace pocos días por personas competentes y presenciadas por el público han dado excelentes re-

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 648, 653, 654 y 655.)

Concierto íntimo, cuadro de J. Shannón. — El autor de esta obra ha querido dar una nota de recogimiento, mostrar en un grupo de personajes la expresión de ese sentimiento dulce que despierta en toda alma delicada esa música íntima que tiene por escenario el retiro del hogar y por oyentes á los miembros de la familia unidos por los estrechos lazos del cariño. Y á esto responde perfectamente el cuadro, cada una de cuyas figuras aparece sumida en deleitoso arrobamiento, abstraída del mundo exterior para entregarse por entero al goce purísimo del divino arte.

Bajo el emparrado, cuadro de Héctor Tito. — Es Tito uno de los más grandes maestros de la moderna escuela veneciana: nadie como él ha sabido asimilarse tan íntimamente el alma de la ciudad de las lagunas ni trasladar con más fidelidad al lienzo sus tipos y las escenas características de sus costumbres. Las muchas obras suyas que hemos reproducido son la mejor demostración de este aserto, y el cuadro que hoy publicamos merece figurar entre los mejores que su pincel ha producido.

Hércules y el toro, escultura de Luis Tuai-llón. — Representa esta escultura uno de los doce trabajos del héroe mitológico, la captura del furioso toro de Creta, que el artista ha interpretado con verdadera maestría. El esfuerzo de Hércules dominando al embravecido animal y la resistencia de éste, hállanse expresados con perfecto conocimiento de la anatomía y de la técnica escultórica, y la obra en su aspecto de conjunto resulta hermosa, así por la armonía de líneas y proporciones, como por su vigorosa ejecución.

En el taller del pintor, cuadro de H. Rauchinger. — Todas las cualidades que en una figura femenina puede desear el hombre más exigente, júntese por modo admirable en esa mujer que el pintor alemán ha tomado por modelo para su cuadro: rostro bello coronado por abundosa y ondulante cabellera, cuerpo esbelto y de hermosas proporciones, actitud noble y desprovista de afectación. Con tales elementos, no es de extrañar que el artista alemán haya logrado hacer una obra llena de atractivos y en la que el mérito del autor está en atenerse al natural, sin añadirle nada, y en reproducir fielmente la belleza que sus ojos contemplan.

Agradable coloquio, cuadro de Antonio Laupheimer. — Una de las cosas más difíciles de reproducir para un artista son esas escenas de interior, plácidas, tranquilas, en las que el medio ambiente y los personajes se presentan sin relieve alguno. Sacar partido de esos

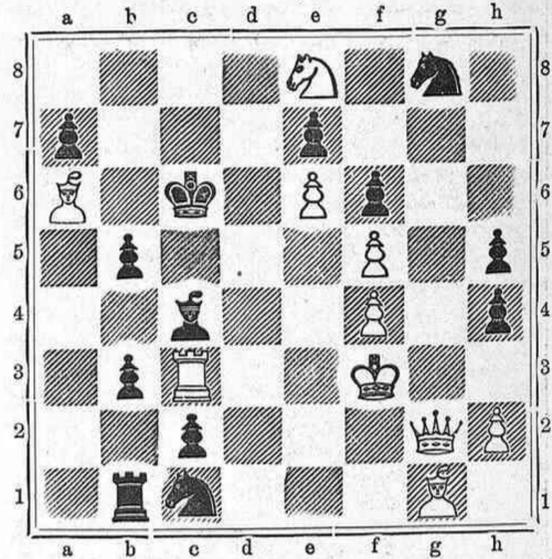
asuntos grises, por decirlo así; desentrañar el sentimiento que en ellos se encierra; producir una obra interesante con tales temas, para la generalidad incoloros, pero en los cuales el pintor psicólogo puede encontrar elementos emotivos, sólo es dado á quienes sienten muy hondo y tienen un perfecto dominio de la técnica. El autor de *Agradable coloquio* puede ser con razón incluido en el número de esos privilegiados.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 480, POR V. MARÍN

5.º premio del Concurso del *Aftonbladet*, 1902.

NEGRAS (13 piezas)



BLANCAS (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 479, POR V. MARÍN

- | | |
|----------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. e4-e5 | I. Cualquiera. |
| 2. D ó C mate. | |

AMBRE ROYAL Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, B^oitaliens, París.



Barcelona.—Automóvil recientemente adquirido por el Ayuntamiento para el servicio de incendios. (De fotografía de A. Merletti.)

bomberos perfectamente organizado que en todas ocasiones ha dado muestras de pericia y de abnegación y sobre todo de saltados, habiendo llegado el vehículo á alcanzar una velocidad de 90 kilómetros por hora.



Para salir de dudas rasgó el sobre al punto

LA REINA DEL PRADO

NOVELA INGLESA DE CARLOS GIBBON.—ILUSTRACIONES DE CALDERÉ

(CONTINUACIÓN)

—No, padre, contestó Miguel, no se han acercado en toda la noche.

—Lo siento mucho; me alegraría que los hubiesen cogido y encerrado en la cárcel, para enseñarlos á no cometer desmanes. ¡Vamos, es mucha osadía meterse en un pajar para prender fuego!

—Pero advierta usted, padre, que no hemos tenido incendio alguno; solamente se temió que le hubiera.

—Bien; lo mismo da. ¿Te has arreglado ya con Susana?

—¿Qué había de arreglar?

—¡Toma, lo del casamiento!

—No, padre, nada hemos tratado aún, ni sé tampoco si nos casaremos, por lo menos ahora, contestó Miguel sonriendo por la impaciencia de su padre.

—Eres un muchacho muy cachazudo, repuso Job. Todo el día de ayer estuve pensando sobre el asunto, como lo hago con frecuencia, y deduzco en conclusión que Susana es una de esas mujeres que se deben conquistar pronto para no perderlas. Si tú no arreglas el asunto desde luego, ya verás cómo se presentan otros pretendientes y alguno de ellos se la lleva.

—No le faltan á Susana; por lo menos, yo sé de uno que parece tener mucho empeño en conseguir su mano.

—¿Quién es? ¡Dímelo pronto! Ya sabía yo que eras muy calmoso, pero no que te hallases expuesto á perder tan buena ocasión. ¿Conozco yo á ese obstinado pretendiente?

—Es Tomás Walton.

El buen hombre miró á su hijo fijamente, y repuso con voz temblorosa:

—¡Cómo!, ¿el joven Walton? Yo te aseguro que Susana no se casará con él. Da orden para que enganchen el cabriolé ahora mismo.

Miguel experimentó cierta inquietud al observar la expresión resuelta de su padre, y preguntóse qué trataba de hacer; pero no ignoraba que era ocioso contradecirle ú oponerse á su voluntad.

Job, hombre de carácter impaciente, no admitía nunca dilaciones en ningún asunto; si se proyectaba hacer algo, no quería retardar un momento la ejecución; no comprendía las demoras, y aunque algunas veces el apresuramiento le conducía á cometer alguna

torpeza, no por eso escarmentaba. Sin embargo, por lo regular, todo le resultaba en bien, ó cuando menos no peor que á los que siempre vacilan y pierden por esto las mejores oportunidades. Además de su impaciencia, Job comenzaba á tener el carácter irritable; la menor oposición á sus deseos era suficiente para que se exasperara; y Miguel cedía á todo para evitar su cólera.

El buen hombre había tomado en consideración varias veces el casamiento de Miguel, y convencido de que el matrimonio de éste con Susana, concertado por los padres de los dos jóvenes cuando aún eran niños, sería muy ventajoso, estaba resuelto á que se llevase á cabo; mas ahora, al saber que había otros pretendientes en campaña, no quería demorarlo un día más.

Corrió á su cuarto, se puso la levita y el sombrero de copa alta, lo cual era en él indicio de que se trataba de un asunto importante, y poco después fué á reunirse con su hijo, que ya tenía preparado el cabriolé.

—¿Quiere usted que le guíe yo, padre?, preguntó Miguel.

—No, gracias, muchacho; no tengo la mano tan débil aún, y bien podré manejar á la vieja yegua.

Job se había distinguido en su juventud en todo cuanto se refería á caballos y coches, y aun en su edad avanzada, hasta que el reumatismo le inutilizó casi el brazo derecho. Como ejemplo de su destreza para guiar un vehículo cualquiera, á menudo citaba el hecho de haber conducido una vez el coche correo desde Londres á Chelmsford, en el rigor del invierno, por un camino cubierto de hielo y nieve sin haber perdido un caballo y sin retrasarse ni siquiera cinco minutos. Esto era para él una hazaña, y jactábase de ella muy á menudo.

Job empuñó las riendas, sentó el pie en un radio de la rueda para subir al vehículo, y como no lo consiguió á la primera vez, Miguel quiso ayudarle; pero no lo consintió, y aunque no sin fatigarse un poco, introdujose al fin en el interior del cabriolé. Miguel sujetó las correas del mandil y el anciano emprendió la marcha.

El día era algo caluroso, y cuando Job llegó á la granja, parecía estar casi exhausto. Apeóse, Sara le

recibió y fué á sentarse junto á la ventana, donde habló con la joven, que había enviado ya á buscar á su prima.

Susana llegó corriendo pocos momentos después, deseosa de ver al anciano.

—Casi vengo sin aliento, tío, exclamó al verle; no sabe usted cuánto me alegro volver á verle por aquí.

—¡Ah, muchacha!, repuso Job, aún me queda fuerza suficiente para hacer estas excursiones.

Susana fué á buscar un jarro de cerveza; el buen hombre apuró un vaso de un trago, y después de saborear el líquido castañeteó la lengua.

—Esto es bueno, dijo, y ahora que me siento con más ánimos, siéntate, hija mía, pues tenemos que hablar de un asunto muy serio.

—¡Oh! Tío, hace ya meses que no ha venido usted aquí, y por lo tanto, dejemos á un lado hoy las cosas serias.

—Ahora que estoy mejor, vendré más á menudo; pero es preciso que hablemos hoy.

—¿De qué se trata?

—De ti y de Miguel. Atendida mi edad, debes comprender que no estaré mucho tiempo en este mundo, y deseo verte bien arreglada y establecida antes de que me llegue la hora de emprender el largo viaje.

—Aún vivirá usted muchos años con nosotros, tío, repuso Susana con la vista fija en el suelo y moviendo el pie como si estuviera impaciente.

La verdad es que no le agradaba mucho aquel exordio y no quería poner término á él con una carcajada. Ni Job ni la señorita Elisa Walton habían podido comprender que procedían con Susana de la manera más propia para que ésta hiciese todo lo contrario de lo que ellos deseaban.

—Yo no puedo esperar tanto, muchacha, no puedo esperar años; y como he dicho antes, necesito verte arreglada pronto.

—Pero si ya lo estoy, tío.

—Ninguna mujer lo está hasta que se casa. A mí me complace que las cosas que se han de hacer se realicen desde luego, y necesito que señales día para que Miguel te conduzca á la iglesia.

—¿Sabe él que usted ha venido con este objeto?, preguntó la joven.

—No, porque es tan cachazudo que hubiera tratado de disuadirme.

Susana respiró con más desahogo.

—Pues bien, tío, repuso, he de contestar á usted que no sé aún si me casaré; y en caso de contraer matrimonio, debo añadir, á pesar mío, que no estoy segura de que será con Miguel.

Al oír esta contestación, Job hizo un movimiento de impaciencia.

—¿Te habrás enamorado acaso de ese maldito Walton?, exclamó. Pues si es así, te aseguro que no te casarás con él.

—Sería mi esposo mañana mismo si yo quisiera, contestó Susana con aire de indignación.

—Pues recojo la palabra..., sea mañana mismo, dijo Walton asomando la cabeza por la ventana abierta, por la cual se veía su caballo *Jim* atado á un árbol y escarbando el suelo con impaciencia.

XV

BUENAS RESOLUCIONES

Walton vió la mirada de enojo de Susana, la expresión de cólera de Job, que cerraba los puños cual si tratara de precipitarse contra él; y pudo comprender muy pronto que había cometido una imprudencia, por lo cual quiso atenuarla.

—Ruego á usted me dispense, señorita Holt, dijo, y advierta que no fué mi ánimo ofenderla en lo más mínimo. Sara debe haber anunciado á usted mi visita esta mañana con objeto de enseñarla el caballo; acabo de llegar, y después de atar á *Jim*, viendo la ventana abierta, me acerqué y la oí decir palabras que me agradan mucho. A esto se reduce mi falta; la casualidad me trajo á este sitio en el momento de hablar usted, y á fe mía no lo siento.

Estas últimas palabras, que revelaban en el joven su carácter audaz, no eran las más propias para sincerarle.

Job miraba alternativamente á Susana y á Tomás, y sobre todo á la primera, para ver si sancionaba semejante familiaridad, pues no podía comprender que un hombre procediese así sin tener derecho para ello ó exponerse á un desaire.

Susana, asombrada primero y poseída de cólera después por haber dejado escapar tan imprudentes palabras, miró con expresión desdeñosa al hombre que parecía dispuesto á considerar como formal una frase pronunciada sin pensamiento de que él la oyera. Después, al recordar la visita de la hermana, y presumiendo que Tomás se habría jactado tal vez de ser correspondido, se exasperó más aún, y hubiera dado cualquier cosa por evitar el disgusto que la llegada del joven le ocasionaba en aquel momento.

—La explicación de usted no es necesaria, señor Walton, dijo con frialdad, y siento mucho que se haya usted molestado en traer su caballo. Hoy tengo que hacer y no puedo ocuparme del asunto que le trae á usted aquí.

—¿Quiere decir esto que debo retirarme?, preguntó Walton con tono de verdadera contrariedad.

—Me parece, dijo Job con menos enojo ahora, que bastante claro lo ha dicho; si usted no lo comprende, le repetiré que deseamos que se vaya usted cuanto antes.

Walton contestó á estas palabras con una sonrisa de benevolencia, la cual exasperó al anciano más que una ruda contestación.

—Está muy bien, Sr. Hazell, repuso; yo me retiraré, pero es necesario que la señorita Holt me lo diga y no usted. ¿Debo marcharme, Susana?

—Sí usted gusta...

—Pues yo no gusto, interrumpió Walton; pero deseo complacer á usted. Sin embargo, ¿no podría esperar hasta que haya usted concluido su conversación con el Sr. Hazell? ¿Prefiere usted que vuelva más tarde?

Después de lo que acababa de oír, Walton se creía con algún derecho para ser importuno, y Susana adivinó su pensamiento. La joven se hallaba en una posición difícil; mas á pesar de su irritación, quería hablar con calma y no parecer tonta y caprichosa á los ojos de aquellos dos hombres. Era preciso salir de aquel dilema, evitando que sus palabras y proceder se interpretaran torcidamente; y dominándose un momento, contestó con aparente calma:

—Si desea usted complacerme, Sr. Walton, será preciso que haga usted dos cosas...

—Haré mil, interrumpió Walton.

Susana sonrió al ver la impetuosidad del joven, y éste creyó ganada su causa, pero muy pronto se desvanecieron sus ilusiones.

—No, replicó Susana, dos cosas bastan por ahora: la primera es que se retire usted y no vuelva hasta dentro de dos ó tres días, pues mi tío Job y yo tene-

mos que hablar de varios asuntos; y la segunda es que olvide las palabras que ha oído, pues fueron pronunciadas en un momento de enojo y no tenían más objeto que indicar que no estoy dispuesta á someterme á la voluntad de nadie.

—Muy bien, muy bien; me retiraré, dijo Walton con tono vacilante; pero no me diga usted que sus palabras no significaban nada...

—Absolutamente nada, interrumpió Susana con firmeza fijando en el joven una mirada tan tranquila que éste no pudo dudar de la sinceridad de la contestación.

Job, recobrando su buen humor, restregóse las manos y miró con expresión irónica al hombre á quien consideraba como un advenedizo.

—No puedo creer á usted, señorita, repuso Walton, porque me conviene así; mas por lo pronto obedezco y me marcho, pero volveré dentro de dos ó tres días.

Así diciendo, Walton saludó cortésmente y retiróse. Llegó á tiempo para que su caballo no hiciese alguna diablura, pues poco acostumbrado al arnés, y menos á que le ataran á una puerta, dejándole solo, impacientábase ya y descargaba coces con toda su fuerza. Sin embargo, el perro, echado allí cerca, vigilaba los movimientos del cuadrúpedo, dispuesto á dar la señal de alarma á su amo por un ladrido apenas notase que *Jim* se extralimitaba. Cuando vió llegar al joven, levantóse meneando la cola, como satisfecho de no tener ya ninguna responsabilidad.

Walton ocupó su asiento en el vehículo, dió riendas al caballo, y éste partió á un trote rápido, que justificaba los elogios de su dueño.

Por primera vez en su vida, Walton comenzó á reflexionar en su pasado; no se arrepentía de lo que había hecho, pero pensaba que, con antecedentes, habría tenido mayor probabilidad de obtener la mano de Susana. Sin embargo, inútil era ya lamentarse; y bien mirado, él no había sido peor que muchos jóvenes que se casaron ventajosamente y ahora vivían bien cada cual con la mujer de su elección. El joven debe renunciar á sus locuras y calaveradas un día ú otro, y por su parte, hallábase dispuesto á ello si la joven le aceptaba. Dejaría de asistir á las carreras, á pesar de su afición; rompería sus relaciones amistosas con otras jóvenes, para ponerse en buen lugar con el vicario y el cura, y asistiría á la iglesia con regularidad. Haciendo estos sacrificios, parecíale á Walton que Susana no le negaría su cariño, por poco generosa que fuera.

Pero cuando hubiera hecho todo esto, ¿no se presentaría tal vez Miguel, con su condenada habilidad para curar vacas y criar carneros, haciéndole así una peligrosa competencia? Pues él también aprendería el arte de curar animales, presentándose á un veterinario para que le diera las lecciones necesarias. No le faltaría tiempo, porque estaba resuelto á renunciar á sus visitas á la Casa Isabel, á las partidas de billar y á todas las diversiones que hacen tan agradable la vida al hombre soltero: no se propondría más que complacer á Susana en todo y por todo.

La joven había dicho á Walton que no debía hacer caso de palabras pronunciadas en un momento de enojo; pero Walton no lo pensaba así; y además, así los hombres como las mujeres revelan sus verdaderos sentimientos más de lo que imaginan precisamente cuando se dejan llevar de la cólera.

Mientras proyectaba todas estas buenas resoluciones había llegado poco á poco á la Casa Isabel, y creyó de su deber entrar para ver si el Sr. Montague había pasado buena noche después de sus fatigas del día anterior; llegó hasta la puerta y un *groom* se acercó al punto para coger la brida del caballo.

—No le lleves á la cuadra, muchacho, dijo Walton, pues no voy á quedarme.

El barón estaba en su biblioteca, cansado de sus libros y aburriéndose un poco; de modo que se alegró mucho al ver á Walton, á quien fácilmente persuadió á quedarse á comer. No era justo privar de su compañía á un amigo tan hospitalario, y en su consecuencia, el *groom* recibió orden de conducir á *Jim* á la cuadra, mientras que su amo y el Sr. Lewis iban á jugar una partida de billar. De aquí resultó que Tomás, á pesar de sus buenos propósitos, volvió á su casa aquella noche más tarde que nunca.

XVI

DIPLOMACIA FEMENINA

Cuando se ha obrado mal se debe tener el valor suficiente para confesarlo y reconocerlo así. Susana comprendió muy pronto que había cometido una imprudencia al pronunciar, en un momento de enojo, las palabras que resintieron á su tío; pero también pensó que su manera de pensar acerca del matrimonio no

importaba sino á ella, y que nadie tenía derecho para contrariar su voluntad en este punto ni oponerse á su inclinación. Esta manera de pensar debíase principalmente al hecho de que Susana se había educado sin conocer la celosa autoridad ni el dominio de un padre ó una madre, pero no desconocía lo impropio de su proceder, y lamentábase de lo sucedido, tanto más cuanto que estaba segura de que Walton no creería que las palabras pronunciadas respecto á él eran hijas de su enojo. De todos modos, solamente debía pensar ya en evitar que se hiciese una mala interpretación en cuanto á sus sentimientos.

Susana no necesitó más de un minuto para hacer todas estas reflexiones, y después, abrazando á Job cariñosamente, díjole con su más dulce voz:

—Querido tío, reconozco que he sido muy impertinente; mas espero que esta vez me perdonará usted si le prometo no reincidir.

Job sonrió, porque estaba muy satisfecho.

—Está bien, muchacha, repuso; me alegro de que hayas enviado á paseo á ese joven; sin pensar más en él, volveremos á tratar de nuestro asunto, y...

—No, no, tío, hoy no, replicó Susana; ahora irá usted á sentarse un rato en el sofá para descansar, y como pronto estará dispuesta la comida, nos acompañará usted.

Y tomando del brazo á su tío, Susana le hizo levantar de la silla; pero antes de llegar al sofá, Job se desasíó y apoyó sus manos en los hombros de la joven, mirándola fijamente.

—Pienso, muchacha, que tienes muy sólidos músculos..., así debe ser la esposa de un labrador. Por lo demás, hija mía, no puedo quedarme á comer, pues Miguel no sabe dónde estoy, y si yo no vuelvo pronto, irá á buscarme por todas partes. ¡Ja, ja, ja, cómo se hubiera alegrado ver tu manera de despedir á ese joven! Te aseguro que me has complacido en extremo.

El tío Job se rió tan de buena gana, que le sobrevino, un acceso de tos asmática, lo cual le obligó á sentarse.

Susana corrió á su alacena para buscar un cordial; su expresión revelaba inquietud en aquel momento, tal vez porque veía que Job no interpretaba bien los motivos que la indujeron á despedir á Walton; también porque pensaba que acaso su tío viera en este proceder una prueba evidente de que ella aceptaba á Miguel. Esto era peor que todo, pues en vez de despejar la situación, inducía á las dos partes opuestas á creer lo contrario de lo que ella quería.

Sin embargo, disimuló su impresión, ofreciendo cariñosamente el cordial á su tío.

—¿Qué es eso, preguntó Job..., alguna pócima? Ya sabes que yo no hago uso de eso..., nada de medicina; prefiero un trago de cerveza. Creo que cuando era niño me daban algunas veces aceite de castor y algunos otros medicamentos; pero ahora no estoy dispuesto á convertir mi estómago en un depósito de drogas.

La tos había cedido; más para evitar otro acceso, Job bebió la cerveza que le daban en vez del cordial. Susana permanecía á su lado, dispuesta á servirle al punto en cuanto necesitara; estaba segura de que apenas se recobrase un poco volvería á tratar la cuestión relativa al matrimonio de su hijo, y propúsose dirigir su pensamiento hacia otro asunto; mas por el pronto no le ocurrió cómo hacerlo. Un momento después, Job comenzó á limpiarse la boca con el pañuelo, y antes de que Susana tuviera tiempo de cambiar el rumbo de sus ideas, sucedió lo que ella temía. El anciano volvió al ataque sobre el proyecto de matrimonio, y dijo que era imposible que él se engañase respecto á su manera de ver, ni que ella se opusiese á un enlace concertado hacía ya largo tiempo con el padre de la joven.

—Como antes te indiqué, Susana, dijo, deseo verte establecida con Miguel. Los dos podéis explotar ambas granjas sin dificultad, y tal vez obtengáis un gran resultado. Si tú lo prefieres, también es fácil ceder una de ellas, puesto que ambos tenéis un poco de capital; pero entonces tal vez no hubiera suficiente trabajo para vosotros dos. En fin, ya trataremos de eso, y por lo pronto, basta que me digas qué día será el de la boda.

Esta persistencia afligía á Susana; mas estaba resuelta á no enojarse de nuevo, y quiso salir del paso con una contestación algo vaga.

—Ya hablaré yo con Miguel sobre el asunto, replicó; por ahora no puedo decirle á usted más, tío, y debería usted darse por contento.

Job miró á su sobrina con expresión de duda; para él era un problema semejante proceder y no sabía cómo resolverle.

—¿Quieres decir, repuso, que no te agrada ese muchacho?

—Nada de eso; me agrada mucho.

—Pues entonces, ¿qué esperáis? No comprendo las mujeres de hoy día; en mi tiempo, cuando dos jóvenes se agradaban mutuamente, y su unión parecía acertada, dadas las condiciones de cada uno, iban á la iglesia muy pronto para casarse. Ahora se pasa el tiempo en hablar mucho, haciéndose mutuas promesas y aplázase cuanto es posible el día de la unión, oponiéndose dificultades por una parte ú otra, sin que en realidad existan en la mayoría de casos.

—Para nosotros no habrá entorpecimientos, tío, repuso Susana sonriendo á pesar de su perplejidad.

Y como en aquel momento le ocurriese una idea para cambiar de conversación, añadió:

—Ahora que pienso, tío, quisiera que viniese usted á ver mis carneros; tengo dos que en mi concepto serán mejores que el de usted, aquel que ganó premio en el último concurso.

Estas palabras picaron la vanidad de Job, quien se preciaba de ser el único del distrito á quien se había premiado en la última exposición, y por el pronto olvidó el verdadero objeto de su visita, que era lo que más deseaba Susana.

Un momento después los dos llegaron á la dependencia donde estaban los dos carneros, y el anciano, después de examinarlos como hombre inteligente en la materia, emitió su parecer, apreciando el valor de aquellos animales; pero dijo que no podían rivalizar con el que él había presentado. Susana no quiso interrumpirle en sus observaciones, muy satisfecha de haber conseguido distraerle del asunto principal, y escuchó con la mayor atención todo cuanto le dijo.

—Pero vamos, repuso cuando Job hubo concluido, ¿no le parece á usted que serán dos buenas muestras?

Por toda contestación, Job cogió una horquilla, y como los carneros estaban echados, obligóles á levantarse para practicar un segundo examen.

—Sí, dijo al fin, no serán malas muestras, pero nunca se podrán comparar con la mía.

Y después de dar este veredicto, el buen Job pareció quedar satisfecho de sí propio y de Susana, pues podía seguir considerándose como el primer labrador del distrito, y no dudaba que había inclinado el ánimo de la joven á consentir pronto en el proyectado matrimonio con Miguel.

A pesar de las instancias de su sobrina, rehusó quedarse á comer, y hasta cierto punto Susana se alegró de ello, pues así estaba segura de que no se volvería á tratar por el pronto de ningún asunto enojoso para ella.

Job subió á su cabriolé y despidióse de la joven diciéndole:

—Ya diré á Miguel que venga pronto para hablar contigo sobre el futuro enlace.

bio de conducta. No obstante, parecióle que ocurría algo nuevo, y fijando una mirada recelosa en su prima, hizo varias preguntas. ¿Habría descubierto tal vez cuáles eran sus sentimientos respecto á Walton? ¿Le disgustaba esto, ó sería otra la causa de su enojo?

inclinaban en favor de Tomás Walton y no de Miguel, no estaba segura de tener suficiente dominio para no pronunciar palabras ofensivas ó cometer alguna imprudencia. También sabía que por poco que Susana escuchase á Tomás, debería renunciar del todo á la esperanza de que éste volviese á ella, recordando las relaciones de otro tiempo.

Después de un prolongado silencio, durante el cual no se habían cruzado sino algunas breves palabras entre las dos jóvenes, Susana trató de reanudar la conversación.

—Tal vez no sepas, dijo, que Walton estuvo aquí esta mañana, y que su presencia encolerizó de tal modo á Job, que me fué preciso enviar en seguida á paseo á ese joven con muy poca ceremonia...

—Sí, ya le vi salir.

—¿Y parecía muy contristado el pobre muchacho?

—No me fijé. ¿Te hubiera agradado que fuera así?

—¿Por qué me había de agradar?, replicó Susana, extrañando la pregunta; no, lo hubiera sentido.

—¿Y por qué?

—Porque no me gusta enojar á nadie; y aunque fué un poco atrevido, supongo que no era su ánimo ofenderme, y que vino solamente para que viera su caballo. Tu creerás tal vez que lo hice por vanidad, pero en tal caso te engañas. Yo quisiera que todo el mundo hablase bien de mí, y si esto pudiera ser, segura estoy de que moriría solterona, sin manifestar deseo de agradar á nadie.

Al decir esto, Susana se levantó, sonriendo ante semejante perspectiva, y se puso el sombrero para salir. Sara recogió algunos platos para llevarlos á la cocina y no volvió hasta que su compañera se hubo marchado. Entonces entregóse á sus reflexiones; preveía un peligro; adivinaba que Walton se valía de todos los medios posibles para granjearse la buena voluntad de Susana, y confesóse al fin que estaba celosa, que tenía casi envidia.

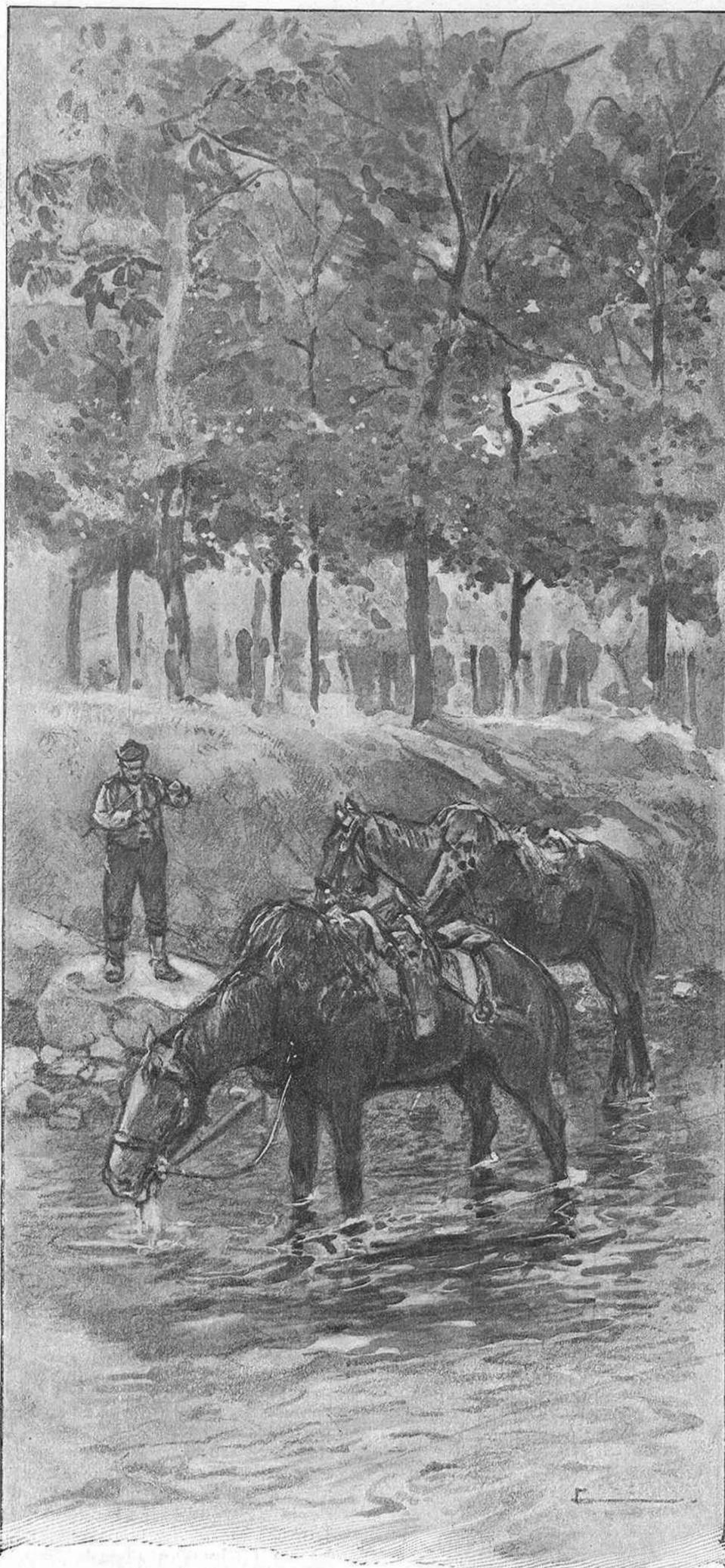
De buena gana se hubiera ocultado en cualquier oscuro rincón para no ver ni oír. En la soledad de su aposento había llorado muchas noches amargamente, pidiendo á Dios que le concediese fuerza para tener calma; y cuando al fin conseguía conciliar el sueño, acosábanla pesadillas que la despertaban muy pronto. Levantábase por esto muy temprano, cuando todos dormían aún en la casa; mas en vez de hallar con esto alivio, entristeciase más, y las alegrías de Susana eran para ella como una burla.

En el prado, Susana manifestó poco más ó menos el mismo humor que durante la comida, unas veces muy activa y animada, atendiendo á cuanto se debía hacer, y otras tan distraída, que no parecía ver lo que pasaba á su alrededor. En más de una ocasión, uno de los jornaleros, llamado Carter, que era el hombre de confianza de la gran-

ja, elevó mucho la voz para llamar su atención, y al fin Susana volvió la cabeza y acercóse al hombre para inspeccionar su trabajo.

—Está bien, dijo la joven; mas es preciso recoger esta tarde todo el heno posible, porque el viento sopla del Oeste y no me agradan esas nubes que veo. Es muy probable que tengamos lluvia antes de la mañana.

(Se continuará.)



Introdujéronse en el agua hasta media pierna

XVII

DUDA

Susana acababa de pasar un día de penosas emociones para ella. A la hora de comer sentóse á la mesa muy pensativa, sin decir palabra, y esta circunstancia era demasiado curiosa para que no llamase la atención de Sara, pues cuando esta última estaba triste ó de mal humor, su prima había tratado siempre de distraerla, hablándole de los asuntos del día. Sin embargo, Sara estaba muy descontenta por las preferencias que Walton manifestara últimamente, y no se fijó mucho tiempo en este cam-

Pero la expresión de Susana no parecía indicar disgusto, si bien contestaba muy distraída á las preguntas de su prima y como si su pensamiento estuviera muy lejos de allí, sin tratar nunca de reanudar la conversación cuando ésta se interrumpía.

Por extraño que le pareciera semejante proceder, Sara se guardó muy bien de solicitar una confidencia; muy lejos de ello, la temía, pues si por ella se llegaba á descubrir que las simpatías de Susana se

pero la expresión de Susana no parecía indicar disgusto, si bien contestaba muy distraída á las preguntas de su prima y como si su pensamiento estuviera muy lejos de allí, sin tratar nunca de reanudar la conversación cuando ésta se interrumpía.

Por extraño que le pareciera semejante proceder, Sara se guardó muy bien de solicitar una confidencia; muy lejos de ello, la temía, pues si por ella se llegaba á descubrir que las simpatías de Susana se

UN CRIADERO DE LANGOSTAS EN WEXFORD

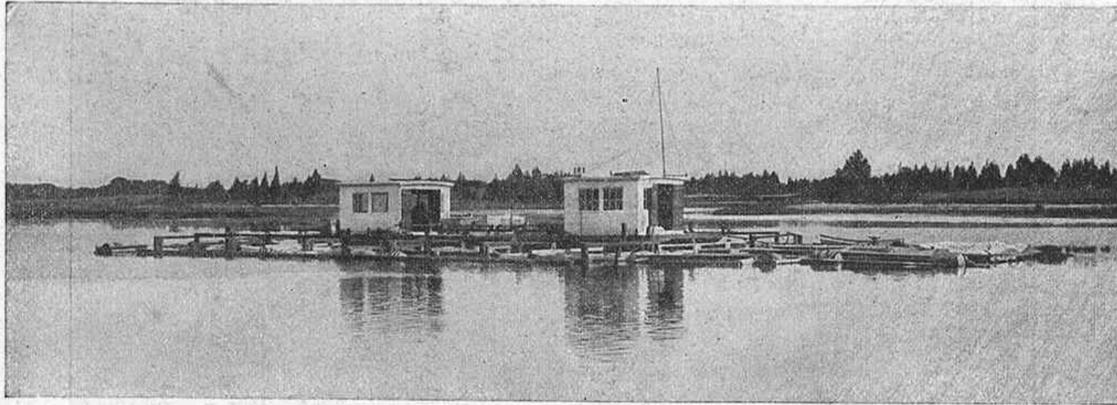
Siempre se ha tenido á la langosta por un bocado exquisito, que supera á todos los demás crustáceos comestibles; pero desgraciadamente para el paladar de los epicúreos, la oferta, excepto en algunas épocas de extraordinaria abundancia, no ha sido nunca igual á la demanda. La disminución de su producción puede atribuirse á muchas causas, la más importante de las cuales es la destrucción sin tasa de las hembras, huevos y crías, que lleva á cabo la ignorancia de los pescadores. Esa impremeditación ha ocasionado grandes males, y la que fué en un tiempo floreciente industria, ha quedado reducida á un tráfico precario.

Ese mal ha sido afortunadamente señalado por uno ó dos eminentes biólogos, á quienes se debe el que se hayan hecho vigorosos esfuerzos para repararlo.

Entre los defensores de la langosta figuran en primera línea, en Inglaterra, Mr. Alejandro Meek, miembro de la comisión de las pesquerías marítimas

de un barco habitación. Hay allí un gran pontón rodeado por todas partes de empalizadas y andamajes que de él irradian y que tiene dos pequeñas

Los huevos los suministran las hembras, que los pescadores cogen en las costas y que traen al establecimiento en julio y agosto. Durante el invierno y la

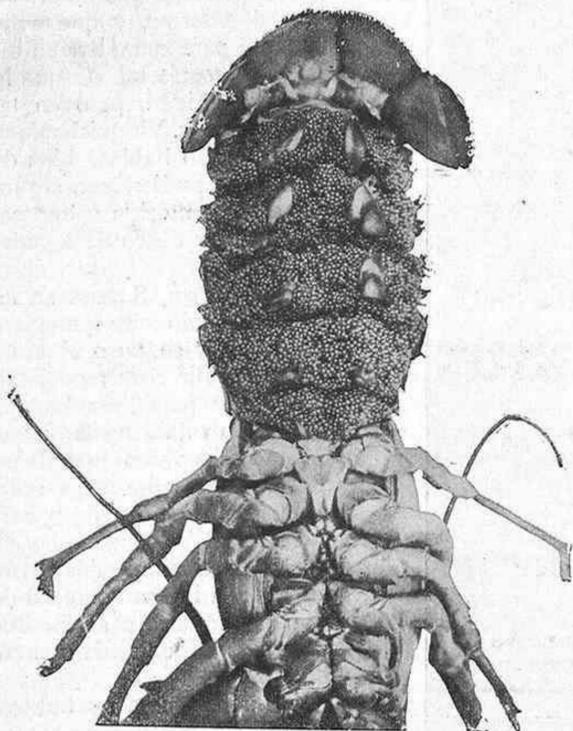


Vista general del criadero de langostas de Wexford

primavera, la langosta lleva los huevos bajo la cola; el desove comienza á principios de mayo y termina hacia mediados de julio. El número de huevos varía según el tamaño de la hembra; puede calcularse que, por término medio, cada una pone 40.000. Cuando llegan al establecimiento las langostas con huevos, se separan éstos con mucho cuidado y se meten en un saco, que se sumerge en el aljibe colocado entre las dos casetas del pontón. Cuando han nacido las crías, se las tras-

ladan á las armadías y se las atiende con un cuidado que no tienen sus madres, porque la langosta carece en absoluto del ordinario instinto maternal. Cuando han nacido los pequeñuelos, los deja abandonados á su propio instinto, sin el menor reparo, siendo el resultado que las desvalidas crías, enteramente á merced de los vientos y de las olas, son arrastradas de un lado á otro, y gran parte de ellas perece prontamente víctima de los rapaces habitantes de las profundidades del mar, en acecho siempre de manjares apetitosos.

Las cuatro primeras semanas de la crianza se pa-



Langosta hembra, mostrando sus millones de huevos

de Northumberland, y en los Estados Unidos el doctor A. D. Mead, de la Universidad de Brown. Gracias á sus investigaciones y experimentos y á la incesante agitación que han promovido, exigiendo mayor protección para la langosta, se va resolviendo, lenta, pero eficazmente, uno de los más apremiantes problemas biológicos de la actualidad.

El Dr. Mead ha establecido un gran criadero de langostas, único en los anales biológicos, donde todos los años nacen y se crían cientos de miles de esos animales.

En las soledades de la montuosa ensenada de Mill, en Rhode Island, aislado del resto del mundo, se ve lo que á primera vista se tomaría por una inmensa balsa.

Al partir de tierra firme en un bote, único medio de comunicación entre la costa y aquel objeto de extraño aspecto medio sumergido en el mar, y según se va uno aproximando, aquella confusa aglomeración de maderas toma la for-

casetas en sus extremos. Aquel es el criadero de langostas y el laboratorio flotante, donde, desde hace cuatro ó cinco años, vive y trabaja el Dr. A. D. Mead.

El pontón tiene unos quince metros de largo y cada una de las casetas de madera tres en cuadro; éstas sirven de dormitorio, laboratorio y depósito de enseres. Entre ambas hay un aljibe de seis metros, y á cada lado de la balsa, dos grandes armadías donde se encuentran todos los utensilios necesarios para la crianza. Esas armadías, con sus aparatos, constituyen la parte más esencial é importante de todo el establecimiento.

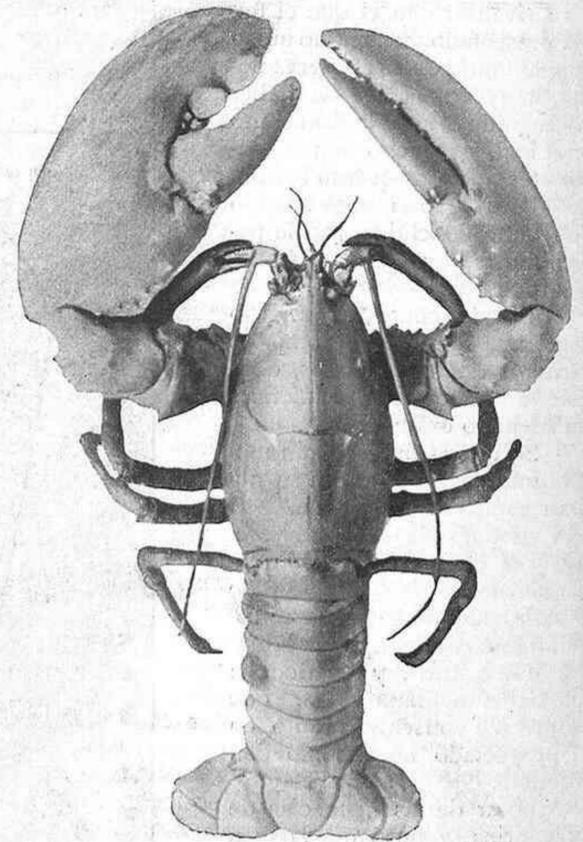
Las crías están albergadas en un saco de gruesa lona de unos cuatro metros cuadrados que, junto con su viviente contenido, se sumerge á la profundidad de algo más de un metro en las aguas de la bahía. Esa barrera de lona impide que las pequeñas langostas se escapen, así como que lleguen hasta ellas sus temibles enemigos marinos, para los que serían una fácil y apetitosa presa.

Una de las grandes dificultades con que se tropezó al principio, fué el mantener dentro del saco la necesaria circulación del agua indispensable para la conservación de la langosta.

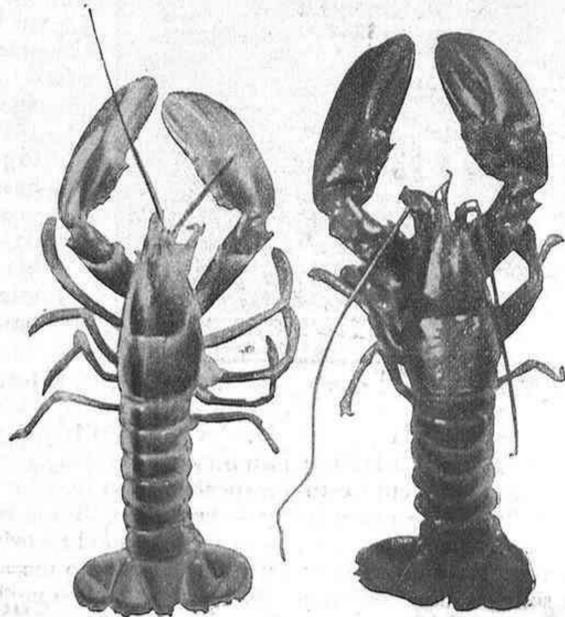
En las primeras experiencias, los sacos se sumergían simplemente á la profundidad requerida, y debido al estancamiento del agua, las langostas pequeñas se acumulaban en el fondo y muchas perecían ó sofocadas ó comidas por otras, porque la langosta es de instintos canibalescos, y las pequeñas y débiles sucumben devoradas por sus hermanas más fuertes y robustas.

Para conseguir que el agua en el interior del saco se halle en constante movimiento, el Dr. Mead ha ideado una especie de hélice cuyas palas tienen poco más de un metro de longitud y á la que hace girar un motor de petróleo. El contenido del saco, que comprende miles de crías, está en continua circulación, junto con su alimento, que pueden fácilmente coger por hallarse en suspensión en el agua. También ha descubierto ese biólogo que el cambio continuo de agua es necesario para que se críen bien las pequeñas langostas; esto se consigue por medio de unas ventanas practicadas en el fondo y en los costados

del aljibe de lona. Las ventanas tienen unas persianas de cobre que miden las del fondo 75 centímetros de largo por 50 de ancho, y las de los costados 15 por 25. Estas últimas se abren á 25 centímetros de la parte superior. Las hélices en movimiento producen una corriente de agua hacia arriba, á través de las ventanas del fondo, que va á salir por las de los costados, causando el mismo efecto que si una rápida corriente de agua atravesara el saco. A fin de que las crías no penetren entre las persianas, éstas están cubiertas con un lienzo.



Una langosta hembra gigantesca. Longitud 18 1/2 pulgadas, peso 11 1/2 libras



Langosta joven y el caparazón que acaba de soltar

san con mucho interés, porque durante ese período las larvas pasan por cuatro transformaciones diferentes, después de las cuales ya adquieren aspecto de langosta. La época más expuesta son los primeros quince días que pasan en los sacos de lona; hay que tener sumo cuidado para impedir que las pequeñas langostas sean sofocadas, mueran de hambre, las diezmen los ataques de varios parásitos, las mate cualquier golpe ó quede reducido su número por los instintos canibalescos de su propia familia.

A pesar de las minuciosas precauciones que se toman y de la incesante vigilancia que se ejerce, lo cierto es que en gran número sucumben por una ú otra de las causas referidas antes de llegar á la cuarta etapa. Las dificultades se aumentan por la necesidad de encerrar tan gran número de crías en un espacio reducido. En una serie de experiencias hechas por el Dr. Mead, se contaron las crías al meterlas en los sacos y luego otra vez al sacarlas después de su cuarta transformación; el tanto por ciento de las langostas que sobrevivieron á ese período crítico fué de 16 á 50 por 100. Este último resultado se obtuvo

con 1.000 ejemplares escogidos; el tanto por ciento disminuye gradualmente á medida que se eleva su número. El mayor número de crías que en una sola vez han llegado al cuarto estado, han sido 12.750, lo que representa bastante más de un 50 por 100. Las pérdidas son, pues, inevitablemente grandes; si se piensa en el gran cuidado que se tiene para conseguir un éxito feliz de la crianza hecha en las circunstancias más favorables y en que, sin embargo, resulta a veces una pérdida de un 70 por 100, se podrá formar idea de los obstáculos que en condiciones naturales se oponen al desarrollo y existencia de las langostas. Según las laboriosas investigaciones del Dr. Mead, sólo una de 38.000 larvas llega á su entero desarrollo, ó dicho de otro modo, sólo tenemos aproximadamente una langosta grande por cada hembra que ha devorado; proporción que, en realidad, asombra por lo pequeña.

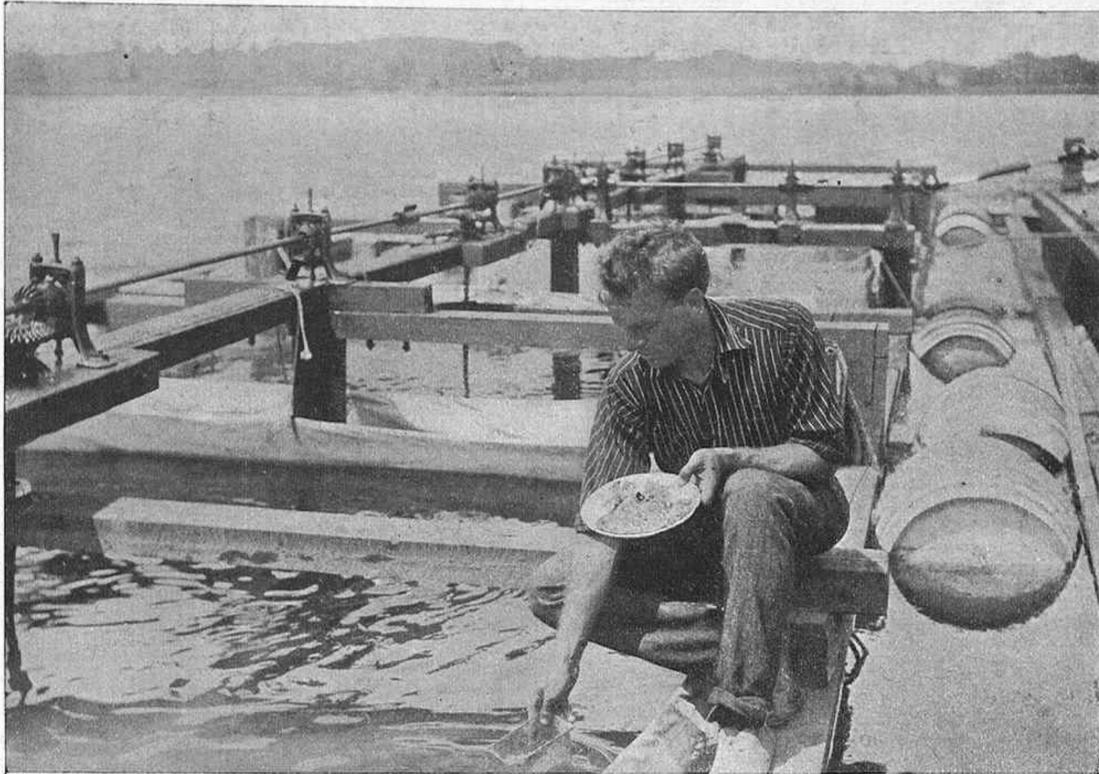
Durante el primer año, la langosta muda de caparazón varias veces; pero después lo va haciendo á mayores intervalos, hasta que alcanza todo su desarrollo. En los primeros tres meses, las crías crecen

hasta unos tres centímetros de longitud y dos únicamente en los siete meses siguientes. Al cabo del año mide unos cinco centímetros y medio; á los dos años once, y alcanza su máximo desarrollo, por término medio, en cinco años; entonces la langosta tiene de 25 á 30 centímetros de longitud.

Inglaterra á hacerse con buen éxito algunas tentativas en ese sentido.

Vencidas las primeras dificultades, no hay duda de que podría la cría de langosta en grande escala dar origen á un negocio muy lucrativo.

FEDERICO A. TALBOT.



Dando de comer á las langostas pequeñas

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, Paris.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona



JUEGOS DE PRENDAS

AYER, HOY Y MAÑANA

LA FE, EL VAPOR Y LA ELECTRICIDAD

Cuadros sociales de 1800-1850 y 1899

POR
D. ANTONIO FLORES

Edición ilustrada.
Tres tomos ricamente encuadernados, á 5 pesetas uno,
para los Sres. Suscriptores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
de **BLANCARD**

EXIGIR LAS INICIALES
DE **BLANCARD**

APROBADAS
por la
Academia
de MEDICINA

al **IODURO de HIERRO**
INALTERABLE

DESCONFIENSE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C^{ia}, 40, R. Bonaparte, Paris.

AVISO Á
LAS SENORAS

EL APIOL DE LOS
RES
JORET Y HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

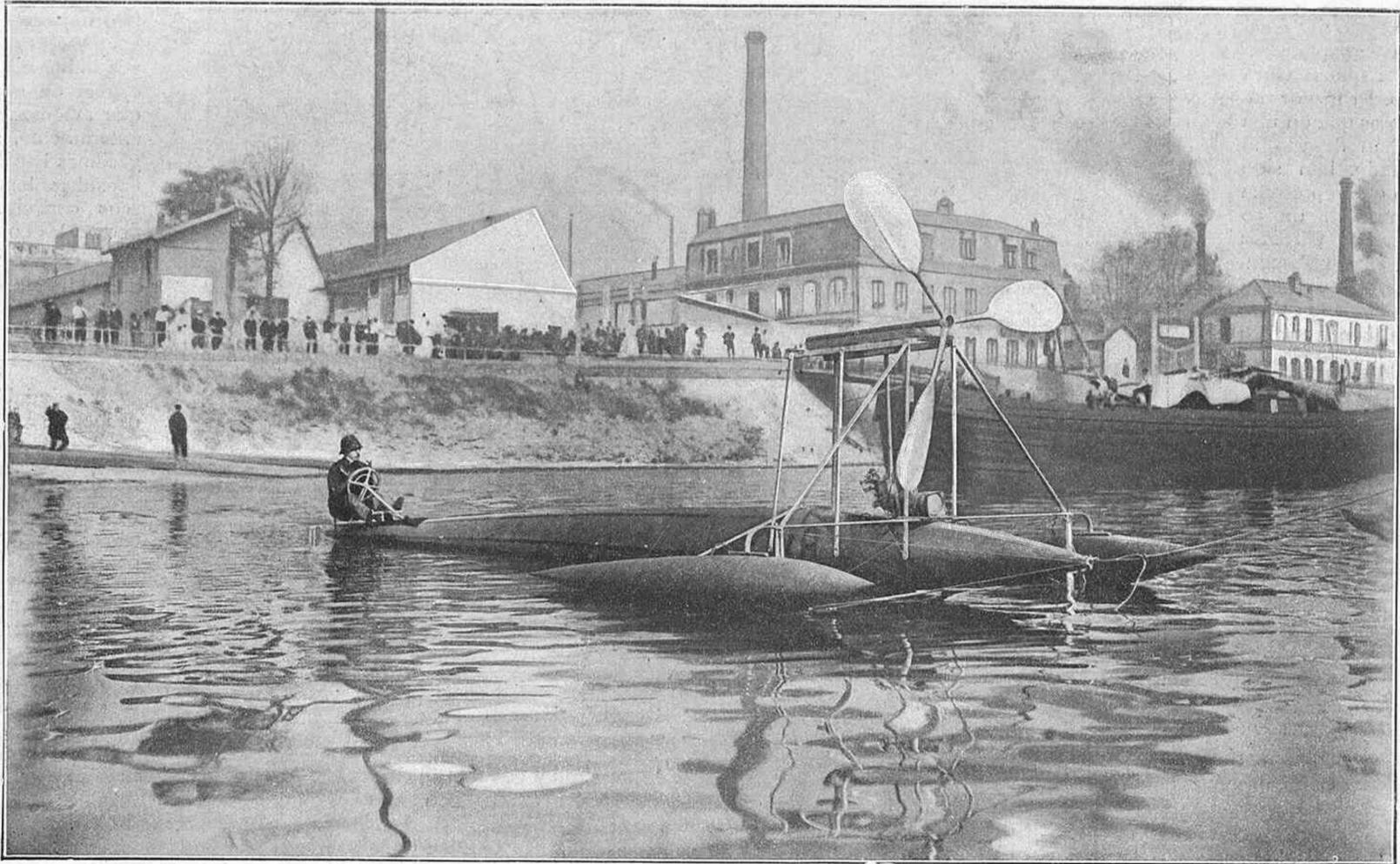
HISTORIA GENERAL de FRANCIA

ESCRITA PARCIALMENTE
POR REPUTADOS PROFESORES FRANCESES

Edición profusamente ilustrada con reproducciones de códices, mapas, grabados y facsimiles de manuscritos importantes, á 50 céntimos cuaderno de 32 páginas

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

PATE ÉPILATOIRE DUSSE destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE, DUSSE**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



París.—El hidroplano Santos Dumont. Pruebas efectuadas recientemente para asegurarse de la estabilidad del aparato, con el cual se propone su inventor correr por el agua á una velocidad de 100 kilómetros por hora.
(De fotografía de Branger.)

Hace dos meses, Santos Dumont, á quien muchos denominan ya el rey del aire, apostó que en un aparato de su invención navegaría á la velocidad de 100 kilómetros por hora, es decir, superior en 40 kilómetros á las mayores velocidades alcanzadas hasta el presente en el agua. Inmediatamente puso manos á la obra, y en poco tiempo quedó construída la parte esencial de su aparato, el flotador en donde van el sistema de propulsión (motor y hélice) y el piloto. Ese flotador se compone de un huso central de ocho metros de largo, formado por una envoltura de caucho, henchida con aire comprimido y reforzada por un armazón interior; otros dos husos análogos á aquél,

pero más pequeños, están situados á derecha é izquierda y aseguran la estabilidad del conjunto.

Terminada esa parte del hidroplano, efectuóse hace pocos días su lanzamiento en el Sena, para probar su estabilidad, habiendo dado las pruebas un resultado satisfactorio, primero en aquel río y al día siguiente en el lago del bosque de Bolonia.

En vista de esto, Santos Dumont procede actualmente á la instalación del motor Antoinette, de 120 caballos y de la hélice, y una vez instalados éstos comenzarán las pruebas definitivas.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Espantos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN
y todas *Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.*

30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.



MARCA DE FABRICA REGISTRADA.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.



PECHO IDEAL

Desarrollo - Belleza - Dureza de los PECHOS en dos meses con las *Pildoras Orientales*, únicas que producen en la mujer una graciosa robustez del busto, sin perjudicar la salud ni engruesar la cintura. Aprobadas por las celebridades médicas. Fama universal. J. RATIÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Verdeau, PARIS. Un frasco se remite por correo, enviando 750 pesetas en libranzas ó sellos á Cebrián y C.ª, Puerta Ferrisa, 18, Barcelona. De venta en Madrid: Farmacia Gayoso, Arenal, 2. En Barcelona: Farmacia Moderna, Hospital, 2.

ROB BOYVEAU - LAFFECTEUR

* Célebre *Depurativo Vegetal* cura las

ENFERMEDADES DE LA PIEL

Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.

EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO

H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C.ª, 102, R. Richelieu, Paris. Todas Farmacias.



data de 1849

Paris

Casa CANDÈS

B. St-Denis, 46

INFLUENZA ANEMIA RACHITIS CLOROSIS

VINO AROUD

CARNE - QUINA - HIERRO

El más poderoso Regenerador.

Dentición JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes; previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOUBE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.